

Todos los pueblos tienen sus hombres grandes. Hombres precisos en los momentos precisos: hombres-luz: hombres de hombres. En casi todos los casos, estos hombres no son comprendidos en toda su dimensión por sus contemporáneos, es preciso dejar al tiempo su acción. Como vino añejado, al paso del tiempo es mejor saborear el sabor de sus vidas, la grandeza de sus acciones, la trascendencia de sus pensamientos o su influencia post-mortem.

Por ello, estos hombres-luz más bien degustaron, en su período de existencia, el trago amargo de la incompreensión, el dolor de la soledad -breve o prolongada- y, en no pocos casos, el rechazo, el escarnio, la blasfemia e incluso el martirio real. El ejemplo más excelente es el del propio Jesucristo, todavía hoy -dos mil años después- rechazado por muchos.

José Martí ha sido tradicionalmente para los cubanos ese hombre grande. No oculto mi complacencia y gusto por sus escritos, su vida y obra, su apostolado libertario y su amor -altruismo y sacrificio incluidos- a la tierra cubana.

Nuestros hijos, desde los primeros años de su vida, saben reconocer el retrato, el busto o el monumento a Martí; fácilmente repiten lo que escuchan en el Círculo Infantil o la Escuela: "fue un hombre bueno"; "quiso a los niños"; "era antimperialista"; "escribió 'Los zapatos de rosa'"; "luchó y murió por la independencia de Cuba" y "fue el autor intelectual del asalto al Moncada". Pero ya en la adolescencia, es difícil encontrar alguno que conozca algo más que las llevadas y traídas "frases martianas", o que haya leído las cartas a María Mantilla, o "La Edad de Oro" completa, aunque es posible que más de uno crea que José Martí es el autor de "La Guantnamera".

No puedo ocultar cierto mal sabor originado por la fragmentación de la persona. "Martí tenía para todo(s)", es la frase más fácil que hemos empleado para referirnos a sus escritos o, para ser más específicos, a unos cuantos aforismos. Porque a eso, prácticamente, se reduce en la actualidad la obra conocida de José Martí: "Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz"; "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras"; "Quien se levanta hoy por Cuba se levanta para todos los tiempos", y algunos etcéteras, no muy extensos, repetidos con facilidad por pioneros, militares, maestros o boxeadores. Por supuesto que hay otros, tan hermosos o más, pero menos difundidos: "La historia es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación"; "No hay más repugnantes cosas que sentimientos e indignaciones postizos"; "La única ley de la autoridad es el amor"; "La victoria está hecha de cesiones"; "La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra", etc., etc.

Y en esto nos quedamos, en frases desenraizadas, arrancadas del momento y contexto en que fueron enunciadas, para usarlas como escudo o espada según nuestros intereses, necesidades o ambiciones. Y detrás

MIO, TUYO, NUESTRO...

de cada frase repetida, el uso del nombre: Martí. Acá las vallas, allá la radio...y el nombre se fragmenta, y cada quien hace uso de la figura según sea su necesidad, porque -"como tenía para todo"- siempre, o casi siempre, hay algo a tono con los intereses de grupos opuestos, y aquí se habla de su "autoría" en el Moncada y allá de sus discursos a la libertad; aquí de que fundó un sólo partido y allá de sus discursos a la democracia...

Y cada frase usada para embestir fracciona al que no debería fraccionarse, y se fraccionan los hombres, se fracciona el pueblo, se fracciona Cuba.

"Los 'slogans' -decía Lenin- son tan importantes como la artillería", argumento decisivo cuando se trata de la "batalla ideológico-revolucionaria". Sin embargo, reducir la vastísima obra del más ilustre y universal cubano a unos cuantos 'slogans' reiterados en la radio, la prensa, T.V. o vallas públicas, enuncia más bien una proyección mediocre y muy parcializada de una figura que, en algo más de cuarenta años de vida -muchos de ellos en viajes dedicados a la organización de la guerra-, fue capaz de dejar escritos agrupados en veintiocho volúmenes -que no comprenden toda su obra- saturados de humanismo, amor en todas sus expresiones, espiritualidad y filantropía.

De esta forma poco podrán conocer los cubanos del futuro sobre José Martí y Pérez. Sabrán que fue antimperialista y vivió "en el monstruo", pero creerán erróneamente que fue antinorteamericano; sabrán que para él Carlos Marx "merecía tributo" por haber pensado en los pobres, pero creerán erróneamente que fue filomarxista; sabrán que fue poeta, pero no conocerán su obra sobre filosofía, economía, literatura, historia o educación; sabrán que fundó un sólo partido -no podía fundar dos-, pero creerán erróneamente que era intolerante con otras ideas; sabrán que habló de vincular el estudio al trabajo, pero creerán erróneamente que pensaba en nuestros campamentos de "escuela al campo"; sabrán que murió en la guerra por la independencia, pero si ignoran toda su obra, si sus conocimientos se reducen a unas cuantas frases martianas, quedarán atrapados en la frialdad del dato sobre su muerte y no sabrán -mucho menos podrán pensar- que para lograr la organización de la guerra contra el coloniaje español, y superar los caudillismos e individualismos, era portador de una personalidad saturada de amor, de verdadera y humana caridad.

Las limitaciones en recursos pueden incidir en la edición de sus obras, lo cual limita también los conocimientos sobre este hombre que, a diferencia de otros grandes, se interesó en casi todos los campos del conocimiento humano. Pero nadie lo fraccione, nadie lo fragmente, nadie lo manipule. Porque es de todos: mío, tuyo, nuestro, de todos. Asumamos al apóstol en toda su dimensión y momento de vida, sin miedos, sin prejuicios, con cubanía y amor: todos juntos, congregados por la memoria del hombre bueno y sabio. Sólo así, mientras le honremos, seremos honrados. En efecto, "honrar, honra".